

21. Desvelar el rostro humano de los futuros de la universidad

Jennifer Gidley

Este último capítulo no intentará sintetizar el contenido del libro, sino más bien sacar a relucir algunos de los hilos principales acumulados en un metatema que necesita salir a la superficie para ser transformado. También explorará cómo las universidades pueden recuperar su orgullo por el lugar que ocupan como centros de verdadero aprendizaje superior (como en la sabiduría) y luego ofrecer tres escenarios acerca del aspecto que puede tener el rostro humano de las universidades dentro de 30 años. Finalmente, en este capítulo, intento no concluir este análisis vital sobre las universidades del futuro, sino desafiar nuestro pensamiento, nuestra conciencia y nuestro activismo, reinventando los futuros de las universidades.

La deshumanización de la educación superior

Desde una cierta metaperspectiva, todas las tendencias y fuerzas impulsoras principales exploradas en este libro por el efecto configurador que tienen sobre las universidades del presente y del futuro, son fuerzas de deshumanización de la educación superior. Los peores agresores en términos humanos y particularmente de los costes sociales son la globalización y la virtualización.

Las fuerzas masivas de la globalización destacadas en la introducción y de las que luego se ha hablado en casi cada capítulo, han sido en buena medida las responsables de haber acabado con las tradicionales dimensiones humanistas de la universidad. Según se ha analizado, la economía del globalismo ha conducido a los líderes de la universidad (habitualmente administradores que se han apropiado con efectividad del papel de liderazgo en

otro tiempo asumido por los profesores) al convencimiento de que tienen que sacrificar las tradiciones mismas que en otro tiempo definieron la tarea fundamental de la vida universitaria. En el proceso de reestructuración de las nuevas universidades «sensibles al mercado», han ido desapareciendo la titularidad académica (por no hablar de la libertad), el tiempo dedicado a la investigación (a menos que reciba financiación comercial) y las corrientes disciplinares sin viabilidad comercial (como las humanidades).

Los costes sociales de la virtualización puede que sean mucho mayores. Los sentimientos de alienación, fragmentación y pérdida de significado seguirán aumentando indudablemente entre los estudiantes y, probablemente, también entre el personal docente. A medida que disminuya el lado humano de la colaboración colegiada cara a cara entre profesor y estudiante, que irá ocultándose tras la pantalla, no es probable que vaya a mejorar la sensación de falta de capacitación que ya sienten muchos jóvenes acerca de su futuro. Y todavía nos falta experimentar toda la intensidad de la «superfluidad» humana en el sector de la educación superior, que llegará una vez que la virtualización ocupe el lugar que se espera vaya a ocupar. Basándonos en la experiencia de otras industrias, es muy probable que lo que hemos visto hasta el momento no sea más que el principio.

Mientras que, más allá de los muros de la torre de marfil, el mundo funciona fuera de control a nivel medioambiental, económico, político y naturalmente social, ¿hasta qué punto están proporcionando las universidades los recursos intelectuales, profesionales y prácticos necesarios para impulsar una transformación positiva de los problemas globales? La respuesta es negativa y circular: las universidades ya no aportan soluciones y la razón la encontramos en el racionalismo económico, impulsado por las fuerzas antes citadas.

Argumentaría que la clave para romper esta clase de «círculos viciosos» es la acción humana inspirada. Eso podría suceder si las universidades fuesen centros donde los seres humanos unieran sus habilidades, conocimientos, experiencias y sabiduría para solucionar problemas, combinado con la conciencia social de convertirse en lugares de disensión contra la deshumanización y con la voluntad de ser centros de acción y praxis. Este es un ideal encantador, pero ¿llegará a suceder alguna vez?

De las megatendencias a los metamovimientos: hacia la transformación

El modelo de universidad del siglo XX tiene su legítimo lugar en el contexto del progreso y de los problemas industriales y sociales del siglo XIX y de la racionalidad occidental lineal del siglo XIX. Siglos de racionalidad ins-

trumental han conducido a una atrofia de la visión imaginativa en toda la sociedad occidental, pero particularmente en las universidades, que se han obsesionado con los temas metodológicos y los detalles técnicos. Según preguntó dolorosamente T. S. Eliot:

- ¿Dónde hallamos la sabiduría que hemos perdido en el conocimiento?
- ¿Dónde hallamos el conocimiento que hemos perdido en la información?¹

Y en la actualidad podríamos añadir: ¿Dónde está la información que hemos perdido en los datos?

Al examinar la trilogía de la metodología, la epistemología y la ontología y considerar que representan un equilibrio ideal, debemos reconocer que las universidades contemporáneas han abandonado estas dos últimas. Las universidades necesitan ir más allá de la metodología para poder abarcar el sentido más profundo del multiculturalismo: un diálogo de epistemologías,² y más allá de contemplar su propia ontología, ¿cuál es su propósito?, como se plantea Abeles. Propongo, sin embargo, que ni siquiera eso es suficiente. Si queremos que las universidades no sólo sobrevivan al complejo caos político, económico y social que, según sugieren las megatendencias, se producirá en las próximas décadas, y pretendemos que, además, sean activas en la transformación, entonces necesitarán algo más que conocer su propósito. Argumento que las universidades del futuro, las que verdaderamente sean capaces de estar a la altura del desafío de convertirse en agentes de la transformación, también necesitarán una cosmología más amplia e inclusiva, un sistema de apuntalamiento del conocimiento que sea lo bastante integrador como para dar y tomar significado de los complejos problemas globales que hemos creado sin darnos cuenta, inducidos por nuestra avaricia. Esa clase de sistemas y modelos integrados son los que demanda la creciente complejidad de las actuales crisis globales. A eso es a lo que apunta Spies al indicar los cinco aspectos necesarios para una educación equilibrada y a lo que se refiere Abeles al hablar de conocimiento de vida media larga o de la capacidad para sintetizar, es decir, de conocimiento apuntalado por la sabiduría. Anthony Judge utiliza el término «coherencia superior» para describir los metaniveles de significado que se requieren para solucionar los problemas del mañana.³

Y resulta interesante observar que esta clase de modelos únicamente se han presentado en la parte dedicada a las universidades alternativas. En los modelos de universidad alternativa descritos por Bussey y Grant, en los capítulos 16 y 18, respectivamente, se resalta la importancia de la integración, la totalidad y el significado como aplicación para la resolu-

ción de problemas globales. Cabe resaltar que estos modelos son apuntalados a un tiempo por una perspectiva y una cosmología espiritual. En contraste con ello, a la moderna universidad secular le falta esta estructura más amplia de significado y a la posmoderna (empresarial o virtual) todavía más. Parafraseando las preguntas de T. S. Eliot, las universidades del futuro necesitan más sabiduría, no más información y lo mismo cabe decir de nuestros estudiantes.

Las megatendencias de la deshumanización se convertirán en el destino del mundo, a menos que las universidades reclamen su propósito fundamental: asumir la responsabilidad de la educación superior en el sentido de un conocer de orden superior, de la habilidad para sintetizar e integrar las piezas fragmentadas de los metaprocesos que actúan en la sociedad. Lo que necesitamos es que los líderes universitarios y los profesores, en general, tengan el valor de reclamar su posición potencialmente poderosa y central para proporcionar conocimientos de valor añadido (de vida media larga), sabiduría y no sólo bytes de información. No sería imposible que las universidades aceptaran este desafío y se convirtieran una vez más en las inspiradas y principales impulsoras de la sociedad, en un metamovimiento dirigido a transformar los problemas globales para encauzarlos hacia direcciones positivas.

En tal caso, los *campus* a distancia pueden convertirse en «soluciones imaginativas» móviles en aquellos puntos calientes donde se los necesite, y no sólo en ávidos «puestos callejeros de educación enlatada», que sangran más recursos de regiones ya agobiadas. Y es posible entonces que surjan centros de previsión que fomenten la previsión en lugares potencialmente problemáticos, para contribuir así a evitar los desastres del mañana: ¿se tiene que talar realmente ese bosque en la prístina isla de Phi Phi, en Tailandia, para la filmación de la próxima película de Leonardo DiCaprio?

Académicos, administradores y estudiantes por igual necesitan ser creativamente valerosos para reinventar las universidades, si es que queremos convertirnos en los creadores de futuros transformados y no simplemente en criaturas del pasado.

La política de la previsión

Quizá el cuadro que aquí se ha presentado pueda parecer demasiado idealista para algunos, aunque es inevitable que haya paradojas y tensiones en cualquier intento que se haga por estar a la altura de los desafíos que se nos plantean.

- Naturalmente, debe quedar bien entendido que la previsión, en sí misma, no conduce necesariamente a un resultado más humanista. De hecho, muchas grandes empresas actuales se suben al tren de la futurología para ganar más dinero.
- En cualquier intento que se haga por solucionar problemas globales o para reinventar cualquiera de las instituciones clave de la sociedad, incluidas las universidades, siempre habrá temas éticos controvertidos sobre los que se tendrá que dialogar.
- Para que las ideas planteadas se puedan realizar, habrá necesidad de que haya académicos, estudiantes y otros en número suficiente y con mentalidades idealistas similares para configurar una masa crítica, en términos de creación de universidades nuevas o de transformación de las antiguas.
- ¿Cómo se financiarán esos ideales, dado que la economía del globalismo exige su tajada de carne? Una sugerencia es la redistribución de la riqueza a través de un cambio de conciencia en la superriqueza; en el tercer escenario que se expone a continuación, se explora esta idea.
- Finalmente, las alternativas apuntaladas por una cosmología espiritual, ¿tienen que estar basadas en una religión y, en tal caso, cómo se superarían las tensiones entre el faccionalismo religioso y la arrogancia espiritual? Existen otras opciones, en forma de complejas cosmologías basadas espiritualmente, no vinculadas con ninguna confesión religiosa, como la antroposofía (la sabiduría del hombre) de Rudolf Steiner.⁴ Aunque este cuerpo integrado de conocimiento ha sido utilizado durante un siglo como una base para la aplicación a campos tan diversos como la educación, la agricultura, la arquitectura, la medicina y las artes y respalda muchas escuelas e instituciones de educación terciaria en todo el mundo, todavía no se ha fundado ninguna universidad, como tal, basada en esta cosmología; ¿quizá sea una visión para el futuro?

El rostro humano de los futuros de la universidad en el año 2030

En toda la multitud de perspectivas, análisis y visiones presentadas en los capítulos precedentes, la mayor parte del contenido se ha centrado en los tipos y estructuras de las propias instituciones. Aunque se ha apuntado que, como consecuencia de todos los cambios analizados, el papel del profesorado será extremadamente diferente, poco se ha dicho sobre lo que profesores y conferenciantes estarán haciendo realmente, si es que tienen que hacer algo y si es que todavía existen como tales. Aunque Skolnik presentó en el capítulo 5 las respuestas positivas y negativas del profesorado

ante la virtualización de la universidad, y Dator se despidió tristemente en el capítulo 6 del privilegio de la libertad académica, Hudson saludó en el capítulo 13 la esperada recuperación del activismo académico en el futuro del Caribe. Milojevic, por su parte, presentó en el capítulo 15 una visión estructural/utópica del aspecto que podría tener una universidad para mujeres. Por otro lado, Manicas y Abeles, en los capítulos 3 y 7, respectivamente, sitúan firmemente en manos del profesorado la responsabilidad de la futura supervivencia y dirección que sigan las universidades. Nicholson, en el capítulo 17, está de acuerdo con ello y presenta un escenario acorde. Mi tarea aquí consiste en ofrecer algunas claves más acerca de qué aspecto podría tener la Academia en el contexto de algunos de los futuros que se han indicado para las universidades.

¿Cómo podría cambiar el rostro humano del profesorado arrastrado por los tremendos trastornos y transformaciones analizados en este libro?

Puesto que, para mi visión del futuro, tiene una importancia fundamental la dignidad y el poder potencial del espíritu humano ante la adversidad (o lo que se llama «agencia humana»), he trazado los cambios en los tres escenarios siguientes que describen posibles futuros de los papeles de conferenciantes, catedráticos y otros miembros del profesorado:

- El «intermediario».
- El «mentor».
- El «configurador de significado».

Se relacionan en cierto modo, aunque no se solapan por completo, con los tres posibles escenarios futuros de la universidad, que han sido como temas recurrentes a lo largo de este volumen, sintetizados por Inayatullah en el capítulo 19. Esos tres amplios escenarios estructurales son:

- El modelo de megauniversidad mercantilizada «de conveniencia».
- El modelo de la universidad tradicional o con «nombre de marca».
- El modelo alternativo o regional (que incluye varias alternativas de base espiritual).

Hay que indicar aquí que el modelo de la «universidad virtual» no se ha incluido como una categoría por derecho propio porque estoy convencida de que hay dos amplias opciones posibles para la virtualización de nuestros futuros. O bien la tecnología de la información (TI) y la virtualización continuarán, tal como sugieren las tendencias actuales, siendo incorporadas en mayor o menor medida a todos los modelos antes mencionados, como algo que estará presente en todas partes en el siglo XXI, o, alternativamente, la electrotecnología no superará el examen de primaria

(como empiezan a sugerir recientes indicadores relativos a la preparación global de los estudiantes). En este escenario amplio, todos nos veremos arrojados de regreso hacia lo que ahora se llama «manualización», pero sobre todo los «recién llegados» a la tecnología electrónica. El beneficio más probable de esa posibilidad es que muchos de los profesores que hayan tenido que dejar de trabajar, declarados como superfluos o privados de sus derechos educativos, volverán a trabajar. No obstante, y a pesar de una reciente oleada de artículos publicados en las páginas de información económica de los periódicos australianos, en los que se advierte de la mala preparación de las empresas del sudeste asiático para capear el temporal económico que se nos avecina, me siento inclinada a creer que la TI y la realidad virtual han llegado para quedarse. Por ello, los siguientes escenarios se basan en tal suposición.

El «intermediario»: el rostro invisible de los futuros subacadémicos

Imaginemos que estamos en el año 2030, en el que será habitual el puesto de intermediario de curso en las universidades del futuro, similar en muchos aspectos a los puestos de corredor de seguros o de Bolsa. Son expertos en ventas, en marketing y en «conocimientos técnicos prácticos», sin que por ello tengan que poseer, necesariamente, ningún conocimiento disciplinar o de contenidos. Muchos de ellos trabajan desde el hogar o desde oficinas móviles ya que, fundamentalmente, sólo necesitan un ordenador portátil y una conexión electrónica para llevar a cabo su trabajo. Los intermediarios pueden tener o no calificaciones académicas, ya que la principal exigencia que se les plantea es que sean capaces de «hacer negocio». Los estudiantes les pagan honorarios por disponer los cursos que han de seguir, al tiempo que también reciben comisiones por parte de los ávidos proveedores por los estudiantes que captan. Un operador entusiasta puede montar así un lucrativo negocio, aunque no sin tensiones. La competencia en el mercado es feroz y los experimentados piratas informáticos sabotean más de un «curso» bien construido. No es desconocido el «secuestro» electrónico de estudiantes potenciales. La mayoría de los intermediarios son asesores privados, aunque algunos de ellos son empleados, en contratos temporales, por algunas de las instituciones empresariales y de conveniencia, aunque tienen que generar ingresos para cubrir sus gastos y más si quieren ser «renovados», el nuevo término que se utiliza para designar lo que en otro tiempo se llamó «titularidad».

Claro que las semillas de esta evolución es posible que ya se plantaran en la década de 1990, con la precarización del personal académico, al que se acabó por designar como «profesorado gitano»,³ con la expectativa de que el profesorado había de aportar ingresos equivalentes a parte de su salario

en forma de «asesorías» y con la creciente demanda por parte de los estudiantes de construir sus propios cursos, siguiendo un modelo interdisciplinar e incluso interinstitucional. Además, ya a finales del siglo XX había intermediarios universitarios, dedicados a cerrar tratos entre universidades tradicionales, industrias y proveedores privados y a «pespuntear» contratos «a distancia». Lo diferente en la década de 2030 será la proliferación de estos puestos, a medida que aumenta el número de graduados tecnológicamente preparados pero sin empleo (y académicos atrincherados en sus puestos), que buscan nuevas formas de ganarse la vida proporcionando una serie de servicios como éstos, a cambio de unos honorarios, en lugar de buscar otras oportunidades de empleo.

Difícilmente sería ésta la profesión elegida por jóvenes e idealistas posdoctorados apasionados por la investigación pura, del mismo modo que tampoco atraería mucho a profesores de edad madura que tratarían de conseguir una «jubilación anticipada», manteniendo intacta su libertad académica. (No obstante, si alguien es lo bastante oportunista como para buscar un futuro lucrativo en y alrededor de las universidades del futuro, será mejor que se vaya preparando porque, dentro de 30 años, las universidades de la red andarán ansiosamente a la búsqueda de estos intermediarios.) Su definición será la siguiente:

Apenas tiene rostro humano,
Vive y prospera en el ciberespacio.
... Es el intermediario.

El «mentor»: el último baile del sabio

Este es el puesto más similar al del académico del siglo XX, aunque ahora, en el año 2030, ya nadie enseña cursos, debido a la diversidad de ofertas de que se dispone y a la panaceya de cursos existentes a nivel global. Para sobrevivir, el personal académico necesita ser multidisciplinar y adoptar más el papel de un asesor o guía que el de un profesor o conferenciante. Ahora, raras veces se pronuncia una conferencia (en la vida real y en tiempo real) ante grupos de estudiantes, ya que son muy pocos de ellos los que optan por cursos directos, una vez derribadas las barreras que impedían la construcción creativa de cursos. Mientras que los intermediarios vinculan a los estudiantes con sus instituciones, sigue existiendo una necesidad reconocida, al menos en los niveles preliminar y subgraduado, de desarrollar una actividad de asesoramiento y guía a través de los laberintos de información, para llegar a algo parecido al conocimiento, al menos en las instituciones tradicionales o de élite que queden. (Esto es mucho menos relevante en los cursos de las instituciones mercantilizadas y de conveniencia, dirigidas

más a la valoración de competencias, o incluso sin valoración alguna en el caso de cursos por los que, simplemente, haya un interés por sí mismos.) Así pues, en el caso de estudiantes que busquen una educación profesional o ampliamente liberal, el mentor tendrá un papel a jugar.

En lugar de ser el responsable de una asignatura disciplinar o de un curso, los mentores son los responsables de un gran grupo de estudiantes (de cien a doscientos, dependiendo del tamaño y del presupuesto de la institución), cada uno de los cuales puede estar siguiendo la más amplia gama posible de cursos y combinaciones de los mismos. Será el responsable de asesorar y guiar al estudiante a través de los cursos que haya decidido seguir. De acuerdo con las nuevas disposiciones de estudio interinstitucional, a los estudiantes se les exigirá que sigan al menos el 50 por ciento de sus estudios en la institución principal, y eso les dará derecho a contar con los servicios de un mentor. Este nuevo papel para el profesorado tiene el potencial para ser muy creativo y promover mucho crecimiento por parte del mentor, ya que no le será posible convertirse en un experto en todo aquello que estudien sus alumnos, de modo que tendrá que estar aprendiendo activamente en todo momento.

A diferencia de lo que sucedía con el trabajo académico a finales del siglo XX, visto por muchos académicos como una tarea deshumanizada y desconectada de su tarea principal de trabajar con los estudiantes (debido a una excesiva exigencia de responsabilidades, a la tensión y sobrecarga de situar los cursos *online* y a las limitaciones de la primitiva transmisión de la educación a distancia), los puestos de mentor se consideran ahora como gratificantes. No hace falta decir que no todos los mentores tendrán necesidad de contactar con su grupo de estudiantes «en tiempo y espacio real». No obstante, parte del compromiso de estas «futuras universidades de alta calidad» es que al mentor se le exija reunirse cara a cara con sus estudiantes al menos una vez al semestre. Naturalmente, estos puestos son muy apreciados pero, por extraño que parezca, no los obtienen los profesores que habían ascendido por la escalera de la especialización a finales del siglo XX, sino que más bien van a parar a manos de «para-académicos» multifacéticos e interdisciplinarios, que también hayan acumulado experiencia fuera de los muros de la Academia.

Las semillas de esta futura profesión emergente de asesoría y guía de subgraduados ya se vieron en la década de 1990, principalmente en la relación fomentada en ocasiones entre los estudiantes posgraduados y sus supervisores académicos. Cuando es fructífera, es una relación de aprendizaje mucho más capacitadora para el estudiante que la tradicional asistencia, frecuentemente pasiva, a una serie de conferencias, acompañada por la ocasional reunión de tutoría en la que al estudiante se le permitía contribuir.

El «configurador de significado»: el rostro emergente de los ancianos del mañana

La ocupación de «configurador de significado» sigue considerándose como un raro privilegio, todavía en el año 2030, ya que todavía es un papel emergente que seguirá creciendo a medida que avance el siglo XXI. Evolucionó a partir de la proliferación de nuevas universidades alternativas, la mayoría de ellas de base espiritual, que dieron en llamarse «universidades humanistas» por la evidente razón de que valoraban las necesidades del desarrollo humano por encima de cualquier otra consideración. Seminalmente, se iniciaron ya en el siglo XX, como una reacción contra las políticas duras, inhumanas impulsadas por el racionalismo económico a las que se adhirieron la mayoría de universidades de esa época. Lanzadas al principio como iniciativas pequeñas, privadas y seculares, como la Goetheanum, en Suiza (fundada con una gran previsión a largo plazo a principios del siglo XX por Rudolf Steiner), el Colegio Universitario Schumacher, en Devon, Inglaterra, la Escuela de Psicología Espiritual, fundada por Robert Sardello en Massachusetts, Estados Unidos y otras que se han mencionado en capítulos anteriores, estas instituciones empezaron a eludir el paradigma materialista secular de la «educación superior» para ofrecer alternativas que abordaban la profundidad y la sabiduría potencial de la totalidad del ser humano. Además, también surgieron, con preocupaciones similares, algunas otras iniciativas de educación superior con base espiritual. Entre ellas se incluyeron la Universidad Maharishi, analizada en este volumen en el capítulo 18 por Grant; la Universidad Gurukula, descrita por Bussey en el capítulo 16 y el Instituto Naropa, en Boulder, Colorado, basado en principios budistas, por citar sólo unas pocas. La característica principal de todas estas universidades humanistas es el reconocimiento, por parte de sus fundadores, de que la educación superior, para que sea lo bastante adecuada como para afrontar las complejidades de la vida del siglo XXI, tiene que estar apuntalada por un «sistema de significado de orden superior», como el aportado por las cosmologías espirituales.

A medida que continuó la desintegración económica, social y política de finales del siglo XX, que fue adquiriendo mayor impulso a nivel global durante las primeras décadas del siglo XXI, fueron surgiendo pequeñas instituciones desarrolladas orgánicamente y a veces basadas en la red, dedicadas a la educación superior alternativa. El trabajo en red entre algunos de los miembros de estas universidades humanistas empezó a fortalecerse, tanto humana como electrónicamente, hasta que hacia el año 2030 se alcanzó una masa crítica y el movimiento por rehumanizar la educación superior desarrolló una dinámica autopropagadora. Sin embargo, si pudiéramos ampliar nuestra visión al siglo XXII, nos daríamos cuenta de que

en la tercera década del siglo XXI todavía se encontraba en su relativa infancia. A las filas de iniciadores y partidarios del movimiento de la universidad humanista se unieron muchos académicos, profesionales y activistas previamente atrincherados en sus puestos y luego privados de sus derechos. Después de haber pasado por sus propias y resultantes crisis y temores personales por haber tenido que llevar la «corona marginal», para luego ser catapultados hacia un cambio prematuro de paradigma y una transformación espiritual, empezaron a trabajar en red junto con otros y a formar una especie de comunidades muy flexibles a las que podríamos denominar «postegoístas».

Aunque estas nuevas instituciones más orgánicas fueron tan diversas como los individuos y las comunidades que las fundaron, una universidad humanista típica del año 2030 sería la clase de híbrido entre una universidad regional «nicho», dotada de un centro de crecimiento y curación personal y de arte, combinado con varios centros de actividad externa involucrados en trabajos de carácter ecológico y social. Todo esto se hallaba fundamentado sobre una dirección espiritual determinada, algunas con tendencias confessionales concretas, pero la mayoría de ellas de carácter espiritualmente más ecléctico.

El papel del configurador de significado es tan diverso y a un tiempo tan similar como el desempeñado por los ancianos en las culturas tradicionales. El título surgió de un modo curioso. A finales de la década de 1990, el reconocimiento apenas si había empezado a aflorar a partir de algunas de las investigaciones sobre el futuro de los jóvenes, indicativas de que muchos jóvenes experimentaban una sensación de pérdida de significado en sus vidas.⁶ Frank Hutchinson observó que estos jóvenes eran como los canarios que se bajaban al fondo de las minas y que señalaban la existencia de grandes problemas potenciales.⁷ Aunque el Banco Mundial ya informó por aquel entonces que el segundo mayor problema global de principios del siglo XXI sería la depresión (emocional, no económica),⁸ no fue hasta el año 2010 cuando se informó que una proporción significativamente elevada de la población mundial experimentaba una «crisis de significado». Todo había cambiado tan espectacularmente, tan rápidamente, que fueron muy pocos los que pudieron evitar graves crisis del alma. Como reacción ante la «supertecnologización del lenguaje durante la fase de la posmodernidad y de lo políticamente correcto», la gente (incluidos los académicos) empezó a utilizar de nuevo el lenguaje sencillo, el que tenía algo de significado. A los maestros de esta recuperación del sentido de la palabra se les empezó a llamar «configuradores de significado». Más tarde, se convirtió en un término genérico para designar la nueva profesión de «ancianos» transdisciplinarios que trataban de recomponer el mundo para los jóvenes y para los niños del futuro.

Habría que indicar que la posición del configurador de significado no es como un trabajo que uno pueda solicitar, ya que se la confieren los demás. Hay una jerarquía natural en identificar a los «configuradores de significado», basada en el reconocimiento del estatus de anciano, que se relacionaría con el grado de amplitud de la experiencia y de la capacidad de síntesis; se reconocerían, por ejemplo, tres metaesferas de trabajo igualmente valiosas, de carácter intelectual y que en otros tiempos solían considerarse como académicas: estética, artística (incluido el rendimiento visual y literario) y práctica (incluida la praxis profesional y empresarial). Para que una persona alcance el estatus de configurador de significado, ha de tener una considerable experiencia en estas tres esferas, así como una profunda comprensión de al menos dos disciplinas espirituales y práctica en al menos una de ellas. Se considera que tal amplitud de experiencia no sólo eleva al máximo la capacidad de síntesis (uno de los principales paradigmas de la universidad humanista), sino que también conduce a la humildad en el estilo de dirección, superándose así las desventajas de las viejas y estrechas jerarquías académicas del siglo XX. En términos de meritocracia, los valores más resaltados son amplitud de miras, experiencia y capacidad de síntesis, a las que se reconoce como portadoras de significado, así como también apertura al aprendizaje de tal modo que, por ejemplo, los configuradores de significado siempre son estudiantes al tiempo que profesores. Habitualmente, los configuradores de significado considerados como mejores y más populares también son creadores de historias o mitos dotados de gran talento, como ya predijeron hace algunas décadas Joseph Campbell, Rolf Jensen y Hedley Beare.⁹ El poder de la imagen empieza a reclamar su lugar central en la configuración de la cultura.¹⁰

Económicamente, estas «universidades humanistas» están apoyadas por comunidades que tratan de recuperar la integridad y que, después de décadas de fragmentación, ya no aceptan la mentira de que la sociedad de la información tendrá más éxito que la sociedad industrial en la restauración del sueño humano. Estas comunidades serán apoyadas a su vez por las «universidades humanistas», que proporcionarán capacidad experta para solucionar los problemas que se desarrollaron durante los últimos veinte años del siglo XX y que se aceleraron exponencialmente durante las décadas siguientes. Habría que recordar que los problemas globales masivos desarrollados durante este período pasaron casi totalmente desapercibidos para las universidades de finales del siglo XX, que apenas si contribuyeron a aportar soluciones, al estar demasiado preocupadas con el frenesí de situar sus cursos *online* o agobiadas por la perentoria necesidad de determinar de dónde procedería su próxima subvención. Ocasionalmente, las universidades humanistas reciben una generosa donación por parte de algún mecenas rico, un fenómeno bastante reciente desde el

2010, el año llamado a veces «La desgracia del billonario», llamado así por la película de ese mismo nombre. (Después de décadas de esfuerzos, Ralph Nader convenció finalmente a Steven Spielberg para que arriesgara parte de su fortuna haciendo una película que pusiera al descubierto la obscenidad de la distribución de la riqueza, tanto estadística como socialmente.) La resultante crisis de conciencia afectó a un número suficiente de los aproximadamente 600 billonarios del mundo y muchos de ellos empezaron a hacer grandes donaciones a una variedad de instituciones, entre las que destacaron especialmente las universidades humanistas, gracias a su excelente historial en la resolución de problemas sociales y ecológicos.

Nuestro desafío

Aunque estos escenarios no son más que producto de mi imaginación, apoyada en las tendencias y contratendencias que observo, suponen un punto de partida en la creación de muchos futuros posibles para los académicos universitarios, inspirados en futuras actividades humanistas. Todos necesitamos ser más creativos y ágiles en nuestra imaginación para no aceptar pasivamente las llamadas inevitables tendencias de futuros deshumanizados.

Este libro es un desafío para que todos nosotros desarrollemos la claridad de análisis riguroso, combinada con la imaginación necesaria para ver el futuro que tenemos por delante, junto con la sensibilidad de corazón para escuchar y responder a la pluralidad de sus muchas voces, y el valor y la voluntad para configurar sabiamente ese futuro.

Notas

1. Citado en Paul Wildman (1995), «A Note on Mythopoetic Futuring and Strategic Planning», *Futures Bulletin*, diciembre, págs. 14-15.
2. Johan Galtung (1982), *Schooling, Education and the Future*, información y debate educativo, vol. 61, Departamento de Educación e Investigación Psicológica, Universidad de Lund, Suecia.
3. Anthony Judge (1996), «From Information Highways to Songlines of the Noosphere», *Futures*.
4. Rudolf Steiner (1966), *The Evolution of Consciousness as Revealed through Initiation Knowledge: Lectures (1923)*, Garden City Press, Londres; Rudolf Steiner (1968), *Microcosm and Macrocosm*, Rudolf Steiner Press, Londres; Rudolf Steiner (1981), *The Renewal of Education through the Science of the Spirit: Lectures (1920)*, Kolisko Archive, Sussex.

5. John Hickman (1998), «The Gypsy Faculty», en *The Australian*, pág. 33.
6. Richard Eckersley (1993), «The West's Deepening Cultural Crisis», *The Futurist*, págs. 8-20; Jennifer Gidley y Paul Wildman (1996), «What are we missing? – A Review of the Educational and Vocational Interests of Marginalized Rural Youth», *Education in Rural Australia Journal*, 6, 2, págs. 9-19.
7. Francis P. Hutchinson (1996), *Educating Beyond Violent Futures*, en R. Slaughter (ed.), Routledge, Londres.
8. Georgina Safe (1998), «High Anxiety», en *The Australian*, pág. 29.
9. Joseph Campbell (1968), *The Masks of God: Creative Mythology*, Penguin Arkana; Hedley Beare (1996), «The Beginning of a New Australian Story», en *The Global Scenarios*, Macquarie Graduate School of Management, Economic Planning Advisory Commission; Rolf Jenson (1996), «The Dream Society», *The Futurist*, págs. 9-13.
10. Elise Boulding (1990), *Building a Global Civic Culture: Education for an Interdependent World*, Syracuse University Press; Jennifer Gidley (1998), «The Power of Imagination: Report on Research with Steiner Educated Adolescents», en *Educare News*, 14; Rudolf Steiner (1990), *Toward Imagination: Culture and the Individual*, Anthroposophic Press, Nueva York.